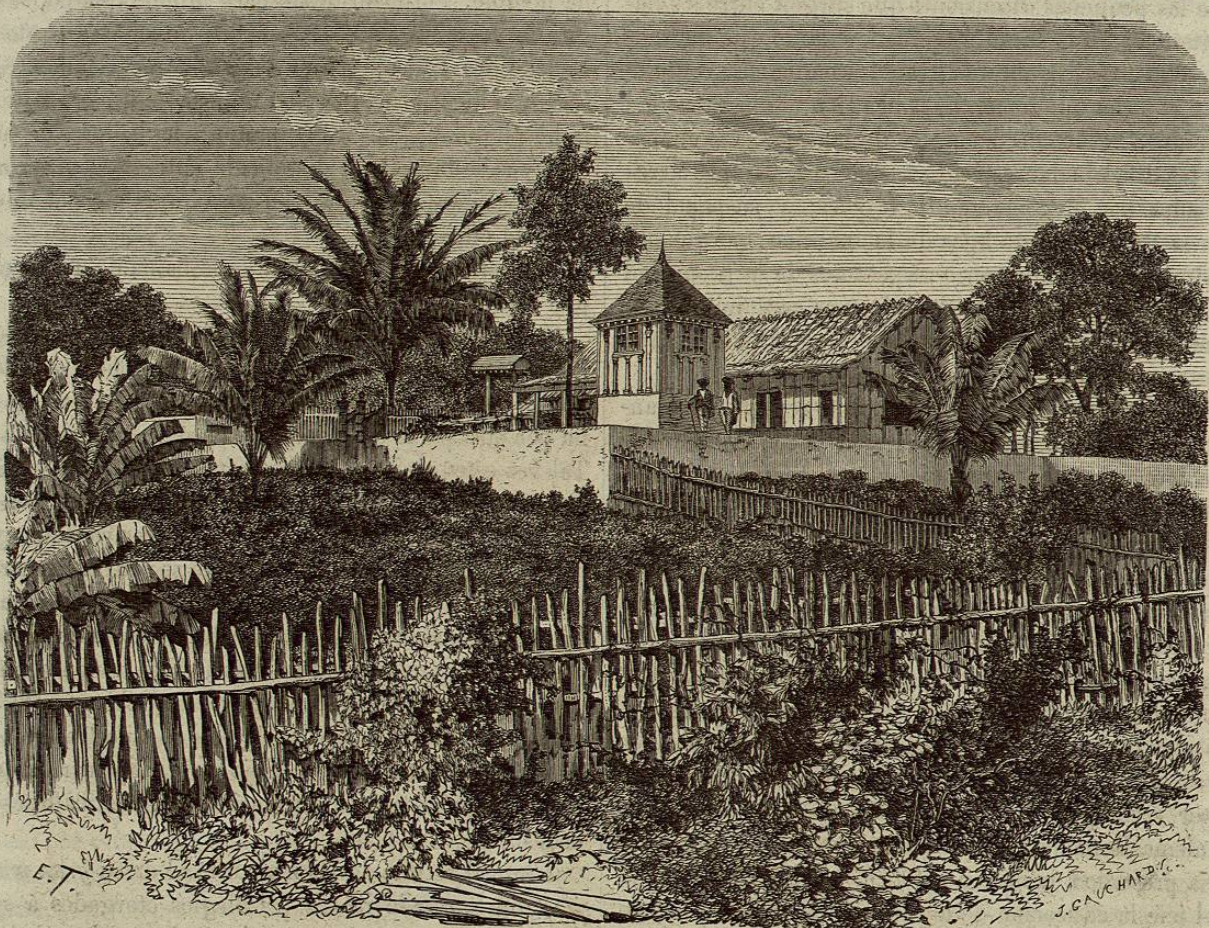


cen aquí insuficientes. No hay guerras desastrosas, no hay epidemias, no hay miseria en realidad: solo queda el abuso del alcohol. Sea lo que quiera, la despoblacion es verdadera y rápida, de tal modo, que admira á la mayor parte de nuestros oficiales de marina, que, habiendo visto el Gabon en la época de nuestro establecimiento, vuelven aquí otra vez. No



Jardin del comandante del Gabon.

Religion de los gaboneses.—Dioses y casas fetiches.—Idólatras del fetichismo.—Enfermos y médicos.—Funerales.—Envenenadores y hechiceros.—Prueba del Icaja.—Fetichismo de guerra.—El Dios de los blancos y el de los negros.

Los gaboneses son fetichistas, y por gaboneses entiendo todas las tribus que habitan la misma region. No hay que tomar, sin embargo, la palabra muy literalmente ni con la significacion absoluta que le ha dado el presidente de los brosses. La adoracion pura y simple de objetos inanimados sin que se les atribuya ningun valor simbólico, es mas rara de lo que se podria suponer. Tomada en este sentido esclusivo la religion fetichista no es la de los gaboneses, porque estos creen en los malos espíritus y temen á

es ciertamente esclusiva en esta raza, pues la tribu vecina de los bulus, se resiente tambien de ella. Por fortuna una sangre nueva parece que ha de rejuvenecer un dia esta empobrecida sangre, y la raza pahonina que avanza rápidamente del interior á la playa, llenará sin duda el vacio que se hace á nuestro alrededor.

las almas de los muertos. Seguramente no tienen mas que una intuicion muy imperfecta de estos seres superiores; les atribuyen una forma tangible y es dudoso que la idea abstracta de la inmaterialidad haya germinado jamás en sus cerebros. Mas por vaga que sea esta concepcion de un mundo sobrenatural, no deja de creerse en él y basta para levantarlos un poco en la escala intelectual de la humanidad.

Añádase á este respeto, ó mas bien al temor que les inspiran las errantes almas de los muertos y á la creencia en los genios poderosos para hacer el mal, pero poco solícitos del bien; añádase á esto, decimos, la singular confianza que se tiene en la virtud de los

talismanes y de los fetiches destinados á preservarlos de las enfermedades ó de los accidentes de la guerra, y se tendrá toda su teogonia. En los pueblos lejanos es donde ejercen todo su imperio estas

creencias. Las poblaciones ribereñas han perdido al contacto de los europeos, parte de su confianza en sus dioses sin aceptar aun en cambio ningun dogma superior: por manera que se les puede considerar hoy



El rey Kringer y su familia.

dia como desprovistos completamente de toda religion: á lo mas son supersticiosos.

Fetiches y feticheros son dos palabras que están casi siempre en boca del gabonés: todo es fetiche para él. *Moondah*, la palabra que espresa esta idea

parece como el tabon de los taitianos, ser el fondo de su lengua. El adorno de garras de tigre que las mujeres llevan al cuello es *moondah*; *moondah* la casi siempre en boca del gabonés: todo es fetiche para él. *Moondah*, la palabra que espresa esta idea

tambien el pedazo de cráneo de leopardo calcinado que oculta el guerrero bajo su taparabo y acaricia en el momento del combate para tomar ánimo. Es un gran fetiche, pero hay otro mas poderoso aun y es la ceniza resultante de la calcinacion de las carnes ó huesos de un blanco; este es un talisman infalible en la guerra.

Pero estos solo son amuletos: los verdaderos dioses son representaciones mas ó menos grotescas de la forma humana. Estos ídolos tienen comunmente la pretension de reproducir los rasgos de los europeos: su nariz aguileña, sus labios delgados, su tez colorada. ¿Es una mera fantasia? ¿Es una especie de homenaje tributado á la superioridad del hombre blanco? No lo sé. Pero en todo caso no puede admitirse, en mi sentir, la opinion de un viajero del siglo último, que habiendo hecho la misma observacion en el Congo, y teniendo en cuenta la corriente de emigracion que atrae hácia las costas á los pueblos del interior, pensaba que la forma y color de los ídolos indicaban quizá la existencia de una raza blanca en el centro del continente africano.

Véanse á veces estos fetiches en el interior de las habitaciones, sobre todo en las de los jefes en que hacen el papel tutelar de los lares del paganismo, pero no ordinariamente. En todo pueblo está afecta á este culto una casita, modesto templo donde apenas puede entrar el ídolo sino es á la rastra; pero en los pueblos importantes tiene proporciones mas en armonía con la importancia de sus devotos. Los indígenas no permiten de buena voluntad á los europeos la entrada en la casa fetiche. Sin embargo, en un pueblo del Ogo-Wai habitado por gente de la misma raza de los gaboneses, tuve yo el honor de ser admitido por un amable jefe, que se consideraba muy dichoso de recibir por la primera vez la visita de los europeos. En una casa bastante bella, tres fetiches, un dios y dos diosas, con los rostros pintoreados de rojo y blanco y los cuerpos vestidos con cotonadas europeas, reposaban en una especie de lecho ó altar. Alrededor de ellos estaban colgados diversos objetos, taparabos, pieles de animales; pero no despojos de los enemigos, ni nada de repugnante en fin; votos sin duda, pero de naturaleza enteramente pacífica. El rostro de mi huésped se regocijaba á vista de sus dioses de palo pintado. ¿Estaba yo en un templo de salvajes ó cerca de un niño grande que jugaba á las muñecas?

Ignoro qué ceremonias íntimas se celebran en el interior de una casa fetiche; no han de ser gran cosa por cierto: plegarias, invocaciones á Dios para obtener su proteccion contra las enfermedades ó contra el enemigo que amague y sobre todo para que favorezca cualquiera operacion comercial. A veces se ha-

cen procesiones paseando con gran pompa á los ídolos por los pueblos. Los ídolas se pintorean el cuerpo y siguen á sus ídolos salmodiando sus votos con las voces mas discordantes. Cuando un pueblo *hace asi gran fetiche*, el rey es quien dirige la ceremonia, porque su autoridad tiene un doble carácter político y religioso. Una larga campanilla fija en un mango encorvado es el emblema de su dignidad. Ante este respetable signo, todo el pueblo se inclina y hay pocos espíritus malignos que resistan á su poder.

Pero independientemente de los reyes, hay feticheros de título, entre los cuales apenas hay algunos con carácter religioso, siendo ante todo adivinos y médicos. Estos embaucadores hacen creer que están en comunicacion con el Espíritu y cuando son llamados para decidir sobre cualquier punto de un litigio, se encierran en la casa fetiche ó bien se retiran á un bosque solitario al pie de un árbol moondah: despues de algunas horas de recogimiento, interpretan la voluntad de los dioses. A veces y á instancia de los maridos, intervienen en las querellas domésticas, y entonces ocurren escenas nocturnas, donde la ventriloquia y otros artes del mismo género, hacen un papel muy importante. Una noche me desperté sobresaltado en un pueblecillo de la ribera del Ramboe, á unos gritos que no tenían nada de humano. Despues una voz grave y profunda resonaba en medio del silencio general: su acento era severo y amenazaba como un anatema. Conociendo que se trataba de una ceremonia diabólica y que los gritos que habia oido, no eran mas que un llamamiento á la atencion pública, me levanté para asistir al espectáculo, pero mi huésped, el rey del pais, me detuvo diciendo: «Eso no es nada; un vecino que *hace fetiche* por su mujer.» Fui á salir á pesar de sus instancias, cuando me aseguró que la cara de los blancos ahuyentaba los espíritus. Habian determinado esperar á mi partida para hacer la evocacion, pero el adivino, que era un pasajero, tenia prisa y por eso se habia anticipado la ceremonia. Con esto ya, me guardé yo muy bien de presentarme.

Durante un cuarto de hora continuaron aun aquellas invocaciones que el rey me iba explicando oportunamente; invocaciones que debieron hacer temblar á todas las mujeres del pueblo, porque se trataba nada menos que de una infidelidad conyugal y la voz divina, no designaba á nadie. Por último, unos gimoteos se sintieron cerca de mi casa: era la mujer del vecino á quien castigaba de lo lindo una mano dura y sagrada. La venganza divina estaba satisfecha: las otras mujeres se dormirían en paz, libres por aquella noche á lo menos.

Esta correccion religiosa, que tiene la doble ventaja de alcanzar á la culpable, inspirando en las de-

mas un terror saludable, produce siempre un gran efecto.

El viejo jefe que me interpretaba esta escena nocturna, decia tambien que los feticheros no eran buenos mas que para mantener en el ánimo de las mujeres el respeto que deben á su amo y señor. ¿A dónde va á anidar el escepticismo?

Al lado de estos embaucadores, están las embaucadoras ó *feticheras*. Yo no he visto mas que una mujer de estas en el Ogo-Wai, donde no se ha hecho sentir todavía la influencia europea, destructora de toda costumbre nacional. Acabábamos de llegar, el teniente de navío Serval y yo al pueblecillo de Avenga-wiri. Contra lo ordinario, nuestra aparicion allí donde no habian visto nunca europeos, no produjo mucho efecto. Una multitud compacta reunida alrededor de una casa de donde salia un abominable ruido de *tamtam* y voces chillonas apenas disminuyó de volumen á nuestra llegada. Precisamente pasaba allí alguna cosa importante. Entramos en la casa, no sin dificultad y fue para ser testigos de una escena grotesca y hasta horrorosa. En medio de una espaciosa sala, una mujer aun jóven casi desnuda y abigarrada con extraños dibujos, danzaba al son del *tamtam* con verdadero frenesí. De vez en cuando salia del círculo un jóven negro, se colocaba delante de ella, seguía con cierta ansiedad sus contorsiones lascivas y se esforzaba en imitarlas al mismo ruidoso compás. Cansado muy luego de este violento ejercicio, cedia su puesto á otros y la infatigable bailarina, sobrecitada por una música diabólica cansaba tambien á este segundo bailarín. Para todos los espectadores, la bailarina era una mujer inspirada: *veía al espíritu*. Yo he visto en constantinopla á los derviches volteadores y ahulladores, en Argel á la secta infernal de los aissanons, veré un dia acaso convulsionarios, cuya especie no está perdida entre nosotros: la *fetichera* de Avenga-wiri me pareció de la misma familia.

Adivinase fácilmente que para gentes tan propensas á las ideas supersticiosas, una enfermedad no puede ser el desarreglo natural y previsto de una máquina mas complicada que otra y por consiguiente mas frágil; para ellas es el resultado de un envenenamiento, de un hechizo, ó la venganza de un espíritu ofendido, y el *fetichero* es aquí el médico natural. Los mas famosos son aquellos, cuya existencia mas ó menos tenebrosa, pasada en medio de los bosques, ha rodeado de cierto prestigio. Por este título los bulus son los que tienen mayor reputacion de habilidad. Un gabonés herido se dirigirá de buena voluntad á un médico europeo, pero para una enfermedad interna, el fetichero y solo el fetichero merece su confianza. Y en cierto modo esto es lógico: siendo una enfermedad una especie de posesion dia-

bólica, es justificable ante todo con las fórmulas del exorcismo.

La intervencion de un fetichero de renombre, de un oganga, es siempre un acto solemne. Hé aquí, segun el doctor Ricard, médico de la marina, lo que se hace con una enfermedad crónica.

«Ante todo el fetichero pide tiempo para reconocer la enfermedad. Si es hábil, se precipita á obrar luego que el mal disminuye; si no contemporiza. Fijase, en fin, el dia; se construye al propósito en el sitio mas frecuentado una casa, en cuyo fondo, y segun el número de enfermos, ó enfermas mas generalmente, se preparan lechos de bambú provistos de mosquiteros. Esta casa viene á ser ya el punto de reunion de todas las mujeres del pueblo; los ociosos acuden tambien y charlan ó juegan. La enferma pasa parte del dia en pintarse el cuerpo con polvos de varios colores y sale por la mañana y por la tarde rodeada de un coro de mujeres. Este paseo, que es al principio una vuelta por el pueblo, viene á ser despues una excursion de muchas leguas: por la noche la enferma danza al son del *tamtam*. De vez en cuando el fetichero va á mirarla en un espejo siguiendo asi el curso de la medicacion y no la deja parar hasta que nota una mejoría que pocas veces falta. Suele suceder que el sugeto recaee, y entonces el fetichero consulta los espíritus: á veces declara que es necesaria la muerte del envenenador; otras prevee tantas dificultades que pide por la curacion un precio exorbitante casi siempre inaceptable.» (*Revista colonial*, año de 1855.)

Como lo hace notar Mr. Ricard, esta es una medicacion que por un sistema gradual de ejercicio y por la abundancia de sudor que provoca, puede en efecto ejercer una influencia favorable en ciertas afecciones crónicas. Pero no es aplicable á todas las enfermedades, y es constante que en mas de un caso difícil el oganga triunfa por la aplicacion de remedios, cuya naturaleza se guarda muy bien de revelarnos. No he tenido ocasion de seguir regularmente á ninguno de estos doctores negros en sus procedimientos; pero si he observado mas de una vez sus desaciertos, he visto tambien curaciones muy acertadas.

Hé aquí un caso médico que he presenciado y que no deja de tener valor.

No es una consulta. El oganga, un bulu á quien yo conocia habia venido la víspera, dejando una receta, cuya medicacion se seguía. El enfermo era un viejo jefe llamado Kringer que tenia al parecer mal de corazon. Un dia que yo pasé en su pueblo, lo encontré sentado en medio de la calle completamente desnudo. Cerca de él habia una gran vasija llena de agua caliente en que nadaban diversas yerbas, y una especie de hisopo ó escobilla. Todos los habitantes del pueblo acababan de colocarse en línea y salmodiaban